América Latina: La década rara

Como consecuencia de los ataques terroristas contra los Estados Unidos en setiembre del 2001, América Latina parecería haber vuelto a la última página de la agenda exterior de Washington. Así, según el autor, la región pasó de la dependencia a la prescindencia, sin haber disfrutado la interdependencia. En este artículo, una panorámica de la región en la pluma siempre sorprendente y divertida de José Rodríguez Elizondo.

José Rodríguez Elizondo

Dicen los expertos que en América Latina estamos volviendo al ciclo democracias-dictaduras. Discrepo. Desde Heráclito, nada se repite igual en la naturaleza ni en la sociedad. Y sospecho que antes de Heráclito tampoco. Lo que sucede es que quedó obsoleto el duelo singular entre reformadores democráticos y dictadores anticomunistas que –con excepción del caso de la revolución militar peruana– viviéramos durante la Guerra Fría. Así, por falta de referentes, las miradas se vuelven al pasado. Incluso los revolucionarios institucionalizados añoran sus utopías de entonces.

Si damos un vistazo selectivo a la pradera, cualquier psicólogo podría decirnos hasta qué punto Fidel Castro necesita una nueva Sierra Maestra para salir del limbo en que se dejó colocar.

En Venezuela, muchos civiles están descubriendo que contra Marcos Pérez Jiménez estaban mejor que contra Hugo Chávez.

En cuanto a los militares, hace tiempo que aprovechan cada pasada por Madrid para ir a La Moraleja, a rendir tributo al ex hombrecito fuerte y gordo.

Los colombianos, aunque no tienen memoria de épocas sin violencia, añoran hoy los tiempos en que esta tenía ideología. Recuerdan que *Tirofi-*

José Rodríguez Elizondo es escritor, periodista y profesor de Relaciones Internacionales (Escuela de Derecho, Universidad de Chile).

Foto: Archivo La República

"Llegó Osama bin Laden, instaló el terror en New York y la superpotencia sacó toda la quincallería bélica para combatir el terrorismo extrarregional."

jo era funcionario de Obras Públicas con filiación liberal y que ningún ejército delincuencial soñaba con un Estado propio.

Ecuador también es un limbo: despidieron a los políticos tradicionales pero aprendieron –por su experiencia con "el Loco Bucaram"– que los *outsiders* suelen abrir paso a gobernantes que nadie eligió.

Argentina, cuyos indicadores de comienzos de siglo XX sobrepasaban a los de muchas economías europeas, hoy produce las fotografías de niños desnutridos que antes venían de Biafra. Si agregamos que Menem puede volver a la Casa Rosada, se comprenderá que la nostalgia sea obligatoria.

En Uruguay, para recuperar el optimismo de cuando eran campeones mundiales, el presidente Jorge Batlle reveló que todos los políticos argentinos son ladrones.

Brasil añora su imperio, pero al menos conserva espíritu pionero. Con Lula inicia una experiencia nueva: la conversión de los sindicalistas puros en sindicalistas de Estado (federal) y el envío de los políticos a las provincias (los estados federados).

Los peruanos siempre han sido pasadistas. Hoy, el recuerdo del Tahuantinsuyo y del Virreinato los reconforta de las calamidades que les trajo el último *outsider*. Ese "chinito" Fujimori que resultó japonés, dio un golpe, perdió una guerra, levantó un Estado mafioso y después arrancó.

Si los Estados Unidos hubieran sido como nosotros, todavía estarían tirándose las flechas de la revancha entre Norte y Sur. La Unión Europea, por su parte, no habría pasado de ser un sistema aduanero integrado.

En Chile, la realidad de su subdesarrollo exitoso está derrotando la pasión vernacular por el eufemismo. En vez de repetir que "aquí no tenemos corruptos, como en los otros países de América Latina", comenzamos a aceptar que "no todos los políticos son corruptos". Nuestro orgullo comparativo vuelve a los años treinta del siglo XIX, cuando Diego Portales –y algún otro, supongo– estructuró el primer Estado en forma de la subregión.

Yankee, come home

En este cuadro también añoramos aunque sea el maltrato de los Estados Unidos. Hasta fines de los años setenta la superpotencia pesaba tanto que indujo la pesimista Teoría de la Dependencia. Como éramos colonias de nuevo tipo, no podíamos desarrollarnos y nuestras democracias solo eran cáscara vacía. A fines de los ochenta, la caída de los muros trajo el optimismo de los "dividendos de la paz". Desapareció el pretexto para proteger dictaduras anticomunistas y creímos que la Casa Blanca apostaría a nuestra democracia y desarrollo, integrándonos en el ALCA "desde el Río Grande a la Patagonia".

Pero entonces llegó Osama bin Laden, instaló el terror en New York y la superpotencia sacó toda la quincallería bélica para combatir el terrorismo extrarregional. Como coletazo, América Latina volvió a la última página de la agenda exterior de Washington.

De este modo pasamos de la dependencia a la prescindencia, sin haber disfrutado la interdependencia.

Para George W. Bush esto debe estar en el orden natural de las cosas. Lo confirmó a fines de noviembre cuando relanzó a Henry Kissinger a los titulares de la prensa y de la televisión. A fines de los años sesenta este había dicho al canciller chileno Gabriel Valdés que América Latina era políticamente insignificante. A fines de los ochenta, Lester Thurow y otros libremercadistas partidarios de Bush escribieron el complemento directo de dicha confesión: América Latina no aporta nada interesante a la economía norteamericana.

La generación perdida

Compaginando las hojas del síndrome, yo diría que estamos no ante una nueva ronda dictatorial o una segunda década perdida, sino en la primera década rara. Una con

El "chinito", que resultó ser japonés, dio un golpe, perdió una guerra, levantó un Estado mafioso y después arrancó.

democracias débiles, desarrollo estancado, bolsones de anarquía, militares estudiosos, golpistas disuadidos, golpistas elegidos, *outsiders* vivarachos, políticos reprobados y norteamericanos indiferentes.

Detrás del diagrama, y explicándolo, está el desperdicio de la generación que maduró entre las dictaduras y las transiciones, ejerciendo la diversidad y el trabajo real, en la disidencia o en el exilio. Uno de sus representantes me lo ha descrito de manera inmejorable:

"Desde la transición, hemos estado horquillados entre los jovencitos o los viejos tercios. La gente de mi generación, que vivió el Mayo del 68, la Unidad Popular, la dictadura, la recuperación democrática, sumó a esa experiencia el desempeño profesional –porque tuvo que ganarse la vida en la economía privada–. Es precisamente esta generación la que no encuentra espacios, a la que no se le escucha".

Eso es exacto para Chile y expansible en su aplicación regional. El corporativismo de los viejos políticos teme la superioridad de los cincuentones y, a lo más, les tira huesos burocráticos –un alto cargo, una embajada– para que no amaguen sus posiciones en los partidos. Prefieren ser sucedidos por jóvenes que llegarán a su madurez precisamente en la década rara. Esto, como es obvio, afirmaría la continuidad de la rareza.

¿Quiere decir que América Latina llegó a un callejón sin salida? Todavía no. Quiero creer que ese ex culpable norteamericano ausente, las dictaduras inviables, las utopías obsoletas y la generación perdida nos están diciendo que la salida está, precisamente, en el callejón. En esta América Latina que solo semánticamente se reconoce, pues ha carecido de la voluntad política necesaria para levantarse como una integración real, con vectores políticos, económicos y culturales.

Por ello, es urgente romper el dogma de las soberanías absolutas y la zonzera vinculada de los rencores eternos. Si los Estados Unidos hubieran sido como nosotros, todavía estarían tirándose las flechas de la revancha entre Norte y Sur. La Unión Europea, por su parte, no habría pasado de ser un sistema aduanero integrado.

Lo urgente y necesario, entonces, es salir del rinconcito comercialista de la integración y usar la institucionalidad existente para algo más que negociar (trabajosamente) rebajas en los aranceles.

Si no abrimos paso a ese sinceramiento con la potencialidad que nos queda, tendríamos que establecer un premio sustancioso para quien les invente otro trabajo a los políticos de hoy. ▲